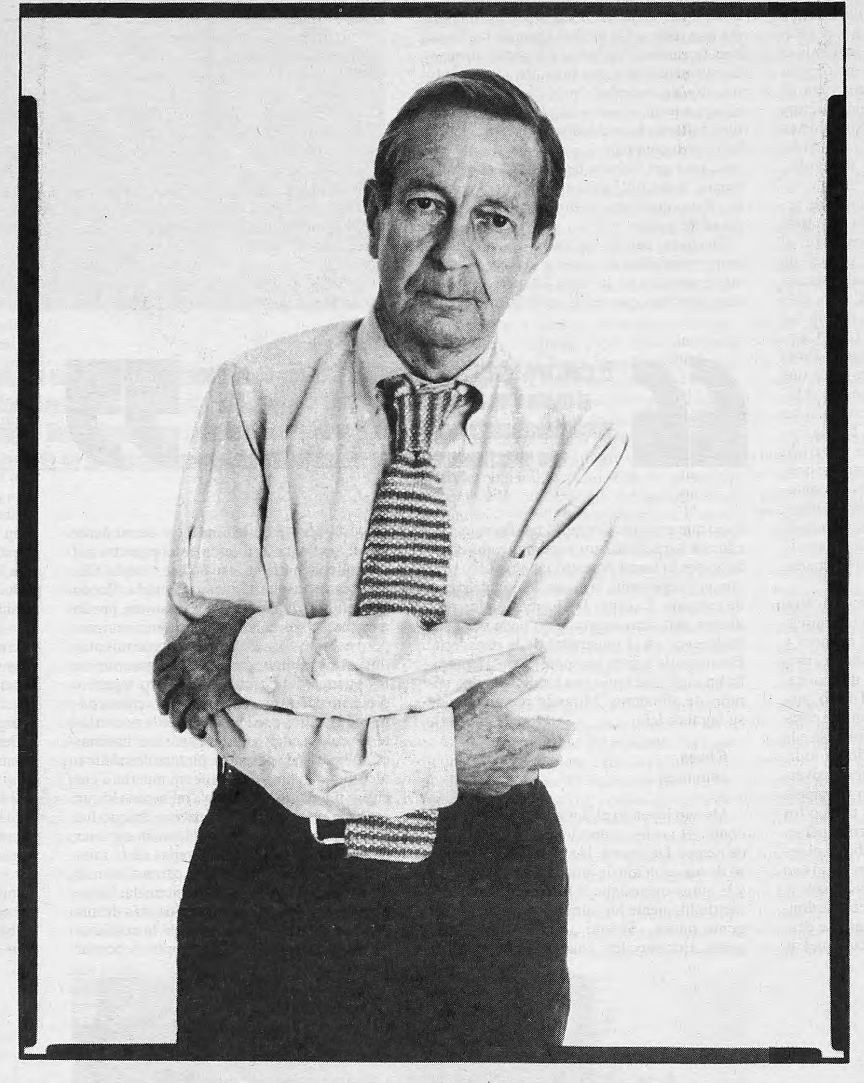
Entre todo lo de notable que hay en los *Diarios* de John Cheever, publicados en 1991 para el alegre escándalo del ambiente literario norteamericano, sobresale el registro de su último año de vida. Visto por Cheever, el mundo del cáncer culmina cuando a él y otros pacientes de quimioterapia se les suma una hermosa mujer pelada, "cuyo rostro trasunta una absoluta victoria" porque "ha vencido a los tumores y la carnicería de la enfermedad". La sincera alegría del escritor ante esa mujer, por esa mujer que va a sobrevivirlo, se vuelve sensata resignación cuando les habla a sus perros el primer invierno en que no podrá jugar con ellos, cuando frente a su imperturbabilidad se pregunta: "¿Qué me hizo pensar que iba a vivir para siempre?".

John Cheever murió en 1982, antes de que su hijo Benjamin publicara una novela y antes de que su hija Susan denunciara sus defectos públicamente: antes de que la familia le vendiese a Knopf –por un millón de dólares– los derechos de sus diarios. Era alcohólico y bisexual; como muchos escritores, quizá porque están solos muchas horas y no hay nadie en casa, sentía la compulsión de masturbarse todo el tiempo. Eso lo preocupaba demasiado. Había nacido en Quincy, Massachusetts, en 1912. Buena parte de su obra trata con humor y piedad la existencia emocionalmente empobrecida de las clases acomodadas. Entre sus libros se destacan *La crónica de Wapshot* (1957), novela con que ganó el National Book Award y accedió a la fama, *Falconer* (1977), y los imperdibles *Relatos* (1978).



JOHN CHEEVER

una visión del mundo

Por John Cheever

Esto lo escribo en otro cottage a orillas del mar, sobre otra costa. El gin y el whisky han marcado anillos en la mesa frente a la cual me siento. Hay poca luz. De la pared cuelga una litografía coloreada de un gatito que tiene puestos un sombrero adornado con flores, un vestido de seda y guantes blancos. El aire huele a moho, pero yo creo que es un olor grato -vivificante y carnal, como el agua de la sentina y el viento en tierra. Hay marea alta, y el mar bajo el farallón golpea los muros de contención y las puertas y sacude las cadenas con fuerza tal que salta la lámpara sobre mi mesa. Estoy aquí, solo, para descansar de una sucesión de hechos que comenzó un sábado de tarde, cuando yo estaba paleando en mi jardín. Treinta o cincuenta centímetros bajo la superficie descubrí un pequeño recipiente redondo que podía haber contenido cera para lustrar zapatos. Con un cortaplumas abrí el recipiente. Adentro encontré un pedazo de tela encerada. Y al desplegarla hallé una nota escrita sobre papel rayado. Leí: "Yo, Nils Jugstrum, me prometo que si al cumplir los veinticinco años no soy socio del Club Campestre del Arroyo Gory, me ahorcaré". Sabía que veinte años antes el vecindario en que vivo era tierra de cultivo, y supuse que el hijo de un agricultor, mientras contemplaba los verdes senderos del arroyo Gory, habría formulado su juramento y lo habría enterrado en el suelo. Me conmovieron, como me ocurre siempre, esas líneas irregulares de comunicación en las cuales expresamos nuestros sentimientos más profundos. A semejanza de un impulso de amor romántico, me pareció que la nota me sumergía más profundamente en la tarde.

El cielo era azul. Parecía música. Acababa de cortar el pasto y su fragancia impregnaba el aire. Me recordaba esos avances y esas promesas de amor que practicamos cuando somos jóvenes. Al final de una carrera pedestre uno se echa sobre el pasto, junto a la pista, jadeante, y el ardor con que abraza el prado de la escuela es una promesa a la cual se atendrá todos los días de su vida. Mientras pensaba en cosas pacíficas, advertí que las hormigas negras habían vencido a las rojas, y estaban retirando del campo los cadáveres. Pasó volando un petirrojo, perseguido por dos grajos. El gato estaba en el seto de uvas, acechando a un gorrión. Pasó una pareja de oropéndolas tirándose picotazos, y de pronto vi, a menos de medio metro de donde estaba, una culebra venenosa que se despojaba del último tramo de su oscura piel de invierno. No sentí temor ni miedo, pero me impresionó mi falta de preparación para este sector de la muerte. Aquí encontraba un veneno letal, parte de la tierra tanto como el agua que corría en el arroyo, pero pareció que no le había reservado un lugar en mis reflexiones. Volví a casa para buscar la escopeta, pero tuve la mala suerte de encontrarme con el más viejo de mis dos perros, una perra que teme a las armas. Cuando vio la escopeta, comenzó a ladrar y a gemir, tironeada sin piedad por sus instintos y sus sentimientos de ansiedad. Sus ladridos atrajeron al segundo perro, por naturaleza cazador, que bajó saltando los peldaños dispuesto a cobrar un conejo o un pájaro; y seguido por dos perros, uno que ladraba de alegría y el otro de horror, regresé al jardín a tiempo para ver que la víbora desaparecía entre las grietas de la pared de piedra.

Después, fui en automóvil al pueblo, y compré semillas de pasto y más tarde fui al supermercado de la Ruta 27, para comprar unos broches que había pedido mi esposa.



El cielo era azul. Parecía música. Acababa de cortar el pasto y su fragancia impregnaba el aire. Me recordaba esos avances y esas promesas de amor que practicamos cuando somos jóvenes.



Creo que en estos tiempos, uno necesita una cámara para filmar un supermercado el sábado por la tarde. Nuestro lenguaje es tradicional y representa la acumulación de siglos de relación. Excepto las formas de los productos, mientras esperaba no pude ver nada tradicional en el mostrador de la panadería. Eramos seis o siete personas, y nos demoraba un viejo que tenía una larga lista, una nómina de alimentos. Mirando por encima de su hombro leí:

6 huevos.
entremeses.

Me vio leyendo el documento y lo apretó contra el pecho, como un prudente jugador de naipes. De pronto, la música funcional pasó de una canción de amor a un cha-cha-cha, y la mujer que estaba al lado comenzó a mover tímidamente los hombros y a ejecutar algunos pasos. –Señora, ¿desea bailar? –pregunté. Era muy fea, cuando abrí los brazos avanzó un paso y bailamos un minuto o dos. Era evidente que le encantaba bailar, pero con una cara como la suya seguramente no tenía muchas oportunidades. Entonces se sonrojó intensamente, se desprendió de mis brazos y se acercó a la vitrina de vidrio, donde estudió atentamente los pasteles de crema. Me pareció que había dado un paso en la dirección apropiada, y cuando recibí mis brioches y volví a casa estaba muy contento. Un policía me detuvo en la esquina de la calle Alewives, para dar paso a un desfile. Al frente marchaba una joven calzada con botas y vestida con pantalones cortos que destacaban la delgadez de sus muslos. Tenía una nariz enorme, llevaba un alto sombrero de piel y subía y bajaba un bastón de aluminio. La seguía otra joven, con muslos más finos y más amplios, que marchaba con la pelvis tan adelantada al resto de su propia persona que la columna vertebral se le curvaba de un modo extraño. Usaba bifocales, y parecía sumamente molesta a causa del avance de su pelvis. Un grupo de varones, con el agregado aquí y allá de un campanero de cabellos canos, cerraba la retaguardia y tocaba "Los *Caissons* van marchando". No llevaban estandartes, por lo que podía ver no tenían finalidad ni destino, y todo me pareció muy divertido. Me reí el resto del camino a casa.

Pero mi esposa estaba triste.

–¿Qué pasa, querida? –pregunté.

–Tengo esa terrible sensación de que soy un personaje, en una comedia de televisión –dijo–. Quiero decir que mi aspecto es agradable, estoy bien vestida, tengo hijos atractivos y alegres, pero experimento esa terrible sensación de que estoy en blanco y negro y de que cualquiera me puede apagar. Es sólo eso, que tengo esa terrible sensación de que me pueden borrar. –Mi esposa a menudo está triste, porque su tristeza no es una tristeza triste, y dolida porque su dolor no es un dolor aplastante. Le pesa que su pesar no sea un pesar agudo, y cuando le explico que su pesar acerca de los defectos de su pesar puede ser un matiz diferente del espectro del sufrimiento humano, eso no la consuela. Oh, a veces me asalta la idea de dejarla. Puedo concebir una vida sin ella y los niños, puedo arreglarme sin la compañía de mis amigos, pero no soporto la idea de abandonar mis prados y mis jardines. No podría separarme de las puertas del porche, las que yo reparé y pinté, no puedo divorciarme de la sinuosa pared de ladrillos que levanté entre la puerta lateral y el rosedal; y así, aunque mis cadenas están hechas de césped y pintura doméstica, me sujetarán hasta el día de mi muerte. Pero en ese momento agradecía a mi esposa lo que acababa de decir, su afirmación de que los aspectos externos de su vida tenían carácter de sueño. Las energías liberadas de la imaginación habían creado el supermercado, la víbora y la nota en la caja de pomada. Comparados con ellos, mis ensueños más desordenados tenían la literalidad de la contaduría de partida doble. Me complacía pensar que nuestra vida exterior tiene el carácter de un sueño y que en nuestros sueños hallamos las virtudes del conservadurismo. Después, entré en la casa, donde descubrí a la mujer de la limpieza fumando un cigarrillo egipcio robado y armando las cartas rotas que había encontrado en el canasto de los papeles.

Esa noche fuimos a cenar al Club Campestre Arroyo Gory. Consulté la lista de socios, buscando el nombre de Nils Jugstrum, pero no lo encontré, y me pregunté si se habría ahorcado. ¿Y para qué? Lo de costumbre. Gracie Masters, la hija única de un millonario que tenía una funeraria, estaba bailando con Pinky Townsend. Pinky estaba en libertad, con fianza de cincuenta mil dólares, a causa de sus manejos en la Bolsa de Valores. Una vez fijada la fianza, extrajo de su billetera los cincuenta mil. Bailé una pieza con Millie Surcliffe. Tocaron "Lluvia", "Claro de luna en el Ganges", "Cuando el petirrojo rojo rojo viene buscando su antojo", "Cinco metros dos, hay tus ojos", "Carolina por la mañana" y "El jeque de Arabia". Se hubiera dicho que estábamos bailando sobre la tumba de la coherencia social. Pero, si bien la escena era obviamente revolucionaria, ¿dónde está el nuevo día, el mundo futuro? La serie siguiente fue "Lena, la de Palesteena", "Por siempre jamás soplando burbujas", "Louisville Lou", "Sonrisas", y de nuevo "El petirrojo rojo rojo". Está última pieza de veras nos hace brincar, pero cuando la banda lanzó a pleno sus instrumentos vi que todos meneaban la cabeza, con profunda desaprobación moral ante nuestras cabriolas. Millie regresó a su mesa, y yo permanecí de pie junto a la puerta, preguntándome por qué se me agita el corazón, cuando veo que la gente abandona la pista de baile después de una serie -se agita lo mismo que se agita cuando veo mucha gente que se reúne y abandona la playa mientras la sombra del arrecife se extiende sobre el agua y la arena, se agita como si en esas amables partidas percibiese las energías y la irreflexión de la vida misma.

Pensé que el tiempo nos arrebata bruscamente los privilegios del espectador, y en definitiva esa pareja que charla estridente en mal francés en el vestíbulo del Grande Bretagne (Atenas) somos nosotros mismos. Otro ocupó nuestro puesto detrás de las palmeras en sus macetas, nuestro lugar tranquilo en el bar y expuestos a los ojos de todos, obligadamente miramos alrededor buscando otras líneas de observación. Lo que entonces deseaba identificar no era una sucesión de hechos sino una esencia –algo parecido a esa



John Cheever, 1969. "Píntame una estación de trenes, diez minutos antes de que oscurezca". El autor posando en la estación de Ossining –obsesión personal y escenario de varias de sus mejores ficciones– por los días de la publicación de la en su momento incomprendida novela *Bullet Park* ("Suburbio").

una visión del mundo

Por John Cheever

Esto lo escribo en otro cottage a orillas del mar, sobre otra costa. El gin y el whisky han marcado anillos en la mesa frente a la cual me siento. Hay poca luz. De la pared cuelga una litografía coloreada de un gatito que tiene puestos un sombrero adornado con flores, un vestido de seda y guantes blancos. El aire huele a moho, pero yo creo que es un olor grato -vivificante y carnal, como el agua de la sentina y el viento en tierra. Hay marea alta, y el mar bajo el farallón golpea los muros de contención y las puertas y sacude las cadenas con fuerza tal que salta la lámpara sobre mi mesa. Estoy aquí, solo, para descansar de una sucesión de hechos que comenzó un sábado de tarde, cuando yo estaba paleando en mi jardín. *Treinta o cincuenta centímetros bajo la su*perficie descubrí un pequeño recipiente redondo que podía haber contenido cera para lustrar zapatos. Con un cortaplumas abrí el recipiente. Adentro encontré un pedazo de tela encerada. Y al desplegarla hallé una nota escrita sobre papel rayado. Leí: "Yo, Nils Jugstrum, me prometo que si al cumplir los veinticinco años no soy socio del Club Campestre del Arroyo Gory, me ahorcaré". Sabía que veinte años antes el vecindario en que vivo era tierra de cultivo, y supuse que el hijo de un agricultor, mientras contemplaba los verdes senderos del arroyo Gory, habría formulado su juramento y lo habría enterrado en el suelo. Me conmovieron, como me ocurre siempre, esas líneas irregulares de comunicación en las cuales expresamos nuestros sentimientos más profundos. A semejanza de un impulso de amor romántico, me pareció que la nota me sumergía más profundamente en la tarde.

El cielo era azul. Parecía música. Acababa de cortar el pasto y su fragancia impregnaba el aire. Me recordaba esos avances y esas promesas de amor que practicamos cuando somos jóvenes. Al final de una carrera pedestre uno se echa sobre el pasto, junto a la pista, jadeante, y el ardor con que abraza el prado de la escuela es una promesa a la cual se atendrá todos los días de su vida. Mientras pensaba en cosas pacíficas, advertí que las hormigas negras habían vencido a las rojas, y estaban retirando del campo los cadáveres. Pasó volando un petirrojo, perseguido por dos grajos. El gato estaba en el seto de uvas, acechando a un gorrión. Pasó una pareja de oropéndolas tirándose picotazos, y de pronto vi, a menos de medio metro de donde estaba, una culebra venenosa que se despojaba del último tramo de su oscura piel de invierno. No sentí temor ni miedo, pero me impresionó mi falta de preparación para este sector de la muerte. Aquí encontraba un veneno letal, parte de la tierra tanto como el agua que corría en el arroyo, pero pareció que no le había reservado un lugar en mis reflexiones. Volví a casa para buscar la escopeta, pero tuve la mala suerte de encontrarme con el más viejo de mis dos perros, una perra que teme a las armas. Cuando vio la escopeta, comenzó a ladrar y a gemir, tironeada sin piedad por sus instintos y sus sentimientos de ansiedad. Sus ladridos atrajeron al segundo perro, por naturaleza cazador, que bajó saltando los peldaños dispuesto a cobrar un conejo o un pájaro; y seguido por dos perros, uno que ladraba de alegría y el otro de horror, *regresé al jardín a tiempo para ver* que la víbora desaparecía entre las grietas de la pared de piedra.

Después, fui en automóvil al pueblo, y compré semillas de pasto y más tarde fui al supermercado de la Ruta 27, para comprar unos broches que había pedido mi esposa.

> **"El cielo era azul. Parecía música. Acababa de cortar el pasto y su fragancia impregnaba el aire. Me recordaba esos avances y esas promesas de amor que practicamos cuando somos jóvenes."**

Creo que en estos tiempos, uno necesita una cámara para filmar un supermercado el sábado por la tarde. Nuestro lenguaje es tradicional y representa la acumulación de siglos de relación. Excepto las formas de los productos, mientras esperaba no pude ver nada tradicional en el mostrador de la panadería. Eramos seis o siete personas, y nos demoraba un viejo que tenía una larga lista, una nómina de alimentos. Mirando por encima de su hombro leí:

6 huevos.
entremeses.

Me vio leyendo el documento y lo apretó contra el pecho, como un prudente jugador de naipes. De pronto, la música funcional pasó de una canción de amor a un cha-cha-cha, y la *mujer que estaba al lado comenzó a mo*ver tímidamente los hombros y a ejecutar algunos pasos. –Señora, ¿desea bailar? –pregunté. Era muy fea, cuando abrí los brazos avanzó un paso y bailamos un minuto o dos. Era evidente que le encantaba bailar, pero con una cara como la suya seguramente no tenía muchas oportunidades. Entonces se sonrojó intensamente, se desprendió de mis brazos y se acercó a la vitrina de vidrio, donde estudió atentamente los pasteles de crema. Me pareció que había dado un paso en la dirección apropiada, y cuando recibí mis brioches y volví a casa estaba muy contento. Un policía me detuvo en la esquina de la calle Alewives, para dar paso a un desfile. Al frente marchaba una joven calzada con botas y vestida con pantalones cortos que destacaban la delgadez de sus muslos. Tenía una nariz enorme, llevaba un alto sombrero de piel y subía y bajaba un bastón de aluminio. La seguía otra joven, con muslos más finos y más amplios, que marchaba con la pelvis tan adelantada al resto de su propia persona que la columna vertebral se le curvaba de un modo extraño. Usaba bifocales, y parecía sumamente molesta a causa del avance de su pelvis. Un grupo de varones, con el agregado aquí y allá de un campanero de cabellos canos, cerraba la retaguardia y tocaba "Los *Caissons* van marchando". No llevaban estandartes, por lo que podía ver no tenían finalidad ni destino, y todo me pareció muy divertido. Me reí el resto del camino a casa.

Pero mi esposa estaba triste.

–¿Qué pasa, querida? –pregunté.

–Tengo esa terrible sensación de que soy un personaje, en una comedia de televisión –dijo–. Quiero decir que mi aspecto es agradable, estoy bien vestida, tengo hijos atractivos y alegres, pero experimento esa terrible sensación de que estoy en blanco y negro y de que cualquiera me puede apagar. Es sólo eso, que tengo esa terrible sensación de que me pueden borrar. –Mi esposa a menudo está triste, porque su tristeza no es una tristeza triste, y dolida porque su dolor no es un dolor aplastante. Le pesa que su pesar no sea un pesar agudo, y cuando le explico que su pesar acerca de los defectos de su pesar puede ser un matiz diferente del espectro del sufrimiento humano, eso no la consuela. Oh, a veces me asalta la idea de dejarla. Puedo concebir una vida sin ella y los niños, puedo arreglarme sin la compañía de mis amigos, pero no soporto la idea de abandonar mis prados y mis jardines. No podría separarme de las puertas del porche, las que yo reparé y pinté, no puedo divorciarme de la sinuosa pared de ladrillos que levanté entre la puerta lateral y el rosedal; y así, aunque mis cadenas están hechas de césped y pintura doméstica, me sujetarán hasta el día de mi muerte. Pero en ese momento agradecía a mi esposa lo que acababa de decir, su afirmación de que los aspectos externos de su vida tenían carácter de sueño. Las energías liberadas de la imaginación habían creado el supermercado, la *víbora y la nota en la caja de pomada.* Comparados con ellos, mis ensueños más desordenados tenían la literalidad de la contaduría de partida doble. Me complacía pensar que nuestra vida exterior tiene el carácter de un sueño y que en nuestros sueños hallamos las virtudes del conservadurismo. Después, entré en la casa, donde descubrí a la mujer de la limpieza fumando un cigarrillo egipcio robado y armando las cartas rotas que había encontrado en el canasto de los papeles.

Esa noche fuimos a cenar al Club Campestre Arroyo Gory. Consulté la lista de socios, buscando el nombre de Nils Jugstrum, pero no lo encontré, y me pregunté si se habría ahorcado. ¿Y para qué? Lo de costumbre. Gracie Masters, la hija única de un millonario que tenía una funeraria, estaba bailando con Pinky Townsend. Pinky estaba en libertad, con fianza de cincuenta mil dólares, a causa de sus manejos en la Bolsa de Valores. Una vez fijada la fianza, extrajo de su billetera los cincuenta mil. Bailé una pieza con Millie Surcliffe. Tocaron "Lluvia", "Claro de luna en el Ganges", "Cuando el petirrojo rojo rojo viene buscando su antojo", "Cinco metros dos, hay tus ojos", "Carolina por la mañana" y "El jeque de Arabia". Se hubiera dicho que estábamos bailando sobre la tumba de la coherencia social. Pero, si bien la escena era obviamente revolucionaria, ¿dónde está el nuevo día, el mundo futuro? La serie siguiente fue "Lena, la de Palesteena", "Por siempre jamás soplando burbujas", "Louisville Lou", "Sonrisas", y de nuevo "El petirrojo rojo rojo". Está última pieza de veras nos hace brincar, pero cuando la banda lanzó a pleno sus instrumentos vi que todos meneaban la cabeza, con profunda desaprobación moral ante nuestras cabriolas. Millie regresó a su mesa, y yo permanecí de pie junto a la puerta, preguntándome por qué se me agita el corazón, cuando veo que la gente abandona la pista de baile después de una serie -se agita lo mismo que se agita cuando veo mucha gente que se reúne y abandona la playa mientras la sombra del arrecife se extiende sobre el agua y la arena, se agita como si en esas amables partidas percibiese las energías y la irreflexión de la vida misma.

Pensé que el tiempo nos arrebata bruscamente los privilegios del espectador, y en definitiva esa pareja que charla estridente en mal francés en el vestíbulo del Grande Bretagne (Atenas) somos nosotros mismos. Otro ocupó nuestro puesto detrás de las palmeras en sus macetas, nuestro lugar tranquilo en el bar y expuestos a los ojos de todos, obligadamente miramos alrededor buscando otras líneas de observación. Lo que entonces deseaba identificar no era una sucesión de hechos sino una esencia –algo parecido a esa indescifrable colisión de contingencias que pueden provocar la exaltación o la desesperación. Lo que deseaba hacer era conferir, en un mundo tan incoherente, su legitimidad a mis sueños. Nada de todo eso me agrió el humor y bailé, bebí y conté cuentos en el bar hasta cerca de la una, cuando volvimos a casa. Encendí el televisor y encontré un anuncio comercial que, como tantas otras cosas que había visto ese día, me pareció terriblemente divertido. Una joven con acento de internado preguntaba: –¿Usted ofende con olor de abrigo de piel húmedo? Una capa de marta de cincuenta mil dólares sorprendida por la lluvia puede oler peor que un viejo sabueso que estuvo persiguiendo a un zorro a través de un pantano. Nada huele peor que el visón húmedo. Incluso una leve bruma consigue que el cordero, el zorrino, la civeta, la marta y otras pieles menos caras pero útiles parezcan tan malolientes como una leonera ventilada en un zoológico. Defiéndase de la vergüenza y el sentimiento de ansiedad mediante breves aplicaciones de Elixircol antes de usar sus pieles... Esa mujer pertenecía al mundo del sueño, y así se lo dije antes de apagarla. Me dormí a la luz de la luna y soñé con una isla. Yo estaba con otros hombres, y parecía que había llegado allí en una embarcación de vela. Recuerdo que tenía la piel bronceada y cuando me toqué el mentón sentí que tenía una barba de tres o cuatro días. La isla estaba en el Pacífico. En el aire flotaba un olor de aceite comestible rancio –un indicio de la proximidad de la costa china–. Desembarcamos en mitad de la tarde y me pareció que no teníamos mucho que hacer. Recorrimos las calles. El lugar había sido ocupado por el ejército, o había servido como puesto militar, porque muchos de los signos de las ventanas estaban escritos en inglés defectuoso. "Cortes de cabello" leí en un cartel de una peluquería oriental. Muchas tiendas exhibían imitaciones de whisky norteamericano. Whisky estaba escrito "Whikky". Como no teníamos nada mejor que hacer, fuimos a un museo local. Vimos arcos, anzuelos primitivos, máscaras y tambores. Del museo pasamos a un restaurante y pedimos una comida. Tuve que debatirme con el idioma local, pero lo que me sorprendió fue que parecía tratarse de una lucha informada. Tuve la sensación de que había estudiado el idioma antes de desembarcar. Recordé claramente que armé una oración cuando el camarero se acercó a la mesa. *-Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego* –dije. El camarero sonrió y me elogió, y cuando desperté del sueño, el uso del lenguaje determinó que la isla al sol, su población y su museo fuesen reales, vívidos y duraderos. Recordé con añoranza a los nativos serenos y cordiales, y el cómodo ritmo de su vida.

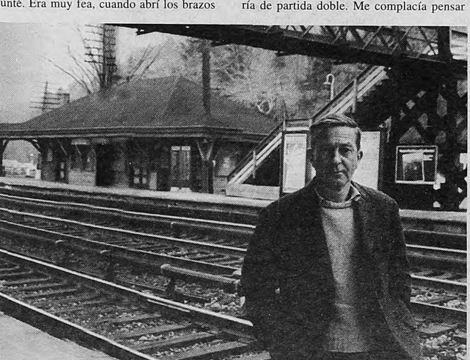
> **"Ahora es tarde. Bebo mi vaso de leche y tomo una píldora somnífera. Sueño que veo a una bonita mujer arrodillada en un trigal. Tiene abundantes cabellos castaños claros y la falda de su vestido es amplia."**

El domingo pasó veloz y agradable en una ronda de reuniones para beber cocteles, pero esa noche tuve otro sueño. Soñé que estaba de pie frente a la ventana del dormitorio del cottage de Nantucker que alquilamos a veces. Yo miraba en dirección al sur, siguiendo la delicada curva de la playa. He visto playas más hermosas, más blancas y espléndidas, pero cuando miro el amarillo de la arena y el arco de la curva, siempre tengo la sensación de que si miro bastante tiempo la caleta me revelará algo. El cielo estaba nublado. El agua era gris. Era domingo... aunque no podía decir cómo lo sabía. Era tarde, y de la posada me llegaron los sonidos tan gratos de los platos, y seguramente las familias estaban tomando su cena de la noche del domingo en el viejo comedor de tablas machimbradas. Entonces vi bajar por la playa una figura solitaria. Parecía un sacerdote o un obispo. Llevaba el báculo pastoral, y tenía puestas la mitra, la capa pluvial, la sotana, la casulla y el alba para la gran misa votiva. Tenía las vestiduras profusamente recamadas de oro, y de tanto en tanto el viento del mar las agitaba. La cara estaba bien afeitada. No pude distinguir sus rasgos a la luz cada vez más escasa. Me vio en la ventana, alzó una mano y dijo: *-Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*. Después, continuó caminando de prisa sobre la arena, utilizando el báculo como bastón, el paso estorbado por sus voluminosas vestiduras. Dejó atrás mi ventana y desapareció donde la curva del farallón concluye con la curva de la costa.

Trabajé el lunes, y el martes por la mañana, a eso de las cuatro desperté de un sueño en el cual había estado jugando a la pelota. Yo era miembro del equipo ganador. Los tantos eran seis a dieciocho. Era un encuentro improvisado del domingo por la tarde en el jardín de alguien. Nuestras esposas y nuestras hijas miraban desde el borde del pasto, donde había sillas y mesas y bebidas. El incidente decisivo fue una larga corrida, y cuando se marcó el tanto una rubia alta llamada Helene Farmer se puso de pie y organizó a las mujeres en un coro que vivó: –Ra, ra, ra –gritaron–. *Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.* Ra, ra, ra.

Nada de todo esto me pareció desconcertante. En cierto sentido, era algo que había deseado. ¿Acaso el anhelo de descubrir no es la fuerza indomeñable del hombre? La repetición de esta frase me excitaba tanto como un descubrimiento. El hecho de que yo hubiese sido miembro del equipo ganador determinaba que se sintiera feliz y bajé alegremente a desayunar, pero nuestra cocina lamentablemente es parte del país de los sueños. Con sus paredes rosadas lavables, sus frías luces, el televisor empotrado (donde se rezaban las oraciones) y las plantas artificiales en sus macetas, me indujo a recordar con nostalgia mi sueño, y cuando mi esposa me pasó un punzón y la Tableta Mágica en la cual escribimos la orden de desayuno, yo escribí: *Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.* Ella rió y me preguntó qué quería decir. Cuando repetí la frase -en efecto, parecía que era lo único que yo deseaba decir– ella se echó a llorar, y por la tristeza que expresaba en sus lágrimas comprendí que era mejor que yo descansara un poco. El doctor Howland vino a darme un sedante, y esa tarde viajé en avión a Florida.

Ahora es tarde. Bebo mi vaso de leche y tomo una píldora somnífera. Sueño que veo a una bonita mujer arrodillada en un trigal. Tiene abundantes cabellos castaños claros y la falda de su vestido es amplia. Su atuendo parece anticuado –quizá anterior a mi época– y me asombra conocer a una extraña vestida con prendas que podía haber usado mi abuela, y también que me inspire sentimientos tan tiernos. Y sin embargo, parece real... más real que el Camino Tamiani, seis kilómetros hacia el este, con sus puestos de Smorgorama y Giganticburger, más real que las calles laterales de Sarasota. No le pregunto quién es. Sé lo que dirá. Pero entonces ella sonríe y empieza a hablar antes de que yo pueda alejarme. *-Porpozec ciebie...* –empieza a decir. Entonces, me despierto desesperado, o me despierta el sonido de la lluvia sobre las palmeras. Pienso en un campesino que al oír el ruido de la lluvia, estirará sus huesos derrengados y sonreirá, pensando que la lluvia empapa su lechuga y su repollo, su heno y su avena, su pastinaca y su *maíz. Pienso en un plomero que*, despertado por la lluvia, sonríe ante una visión del mundo en el cual todos los desagües están milagrosamente limpios y expeditos. Desagües en ángulo recto, desagües curvos, desagües torcidos por las raíces y herrumbrosos, todos gorgotean y descargan sus aguas en el mar. Pienso que la lluvia despertará a una vieja dama, que se preguntará si dejó en el jardín su ejemplar de *Dombey and Son.* ¿Su chal? ¿Cubrió las sillas? Y sé que el sonido de la lluvia despertará a algunos amantes, y que su sonido parecerá parte de esa fuerza que los arrojó a uno en brazo del otro. Después, me siento en la cama y exclamo en voz alta, para mí mismo: -¡Calor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Bondad! ¡Sabiduría! ¡Belleza! –Se diría que las palabras tienen los colores de la tierra, y mientras las recito siento que mi esperanza crece, hasta que al fin me siento satisfecho y en paz con la noche. ■

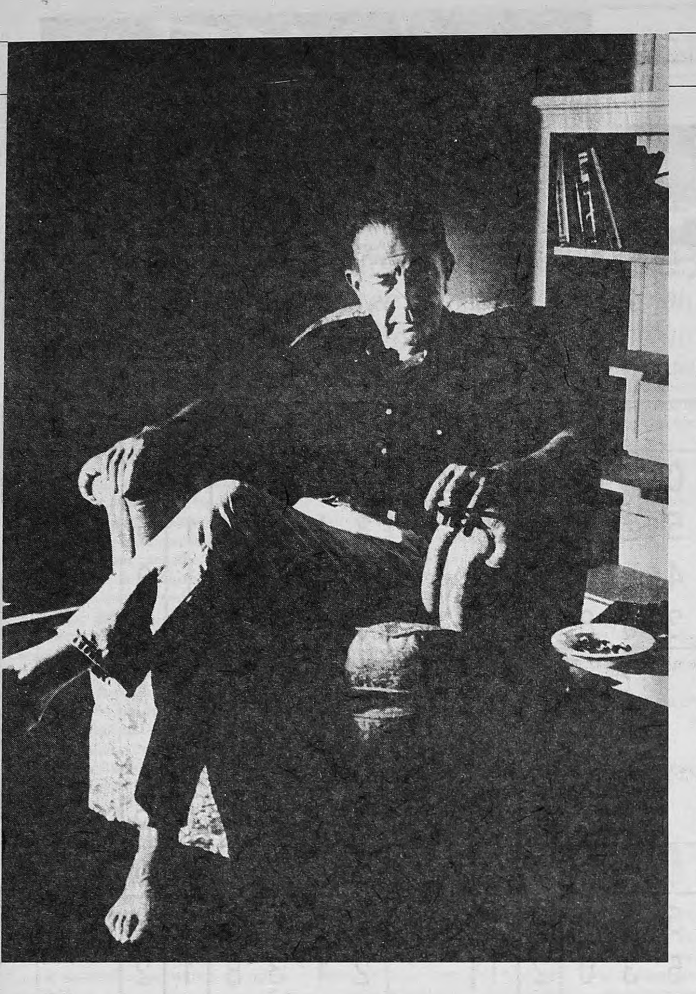


John Cheever, 1969. "Píntame una estación de trenes, diez minutos antes de que oscurezca". El autor posando en la estación de Ossining –obsesión personal y escenario de varias de sus mejores ficciones– por los días de la publicación de la en su momento incomprendida novela *Bullet Park* ("Suburbio").

John Cheever, 1974. Epoca negra en que el escritor enseñaba en la universidad de Boston, vivía solo, no dejaba botella sin vaciar, escribía poco y nada y hasta llegó a ser detenido por intentar treparse a la estatua de Domingo Faustino Sarmiento.

Noticias biográficas por C. E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Cuentos y Relatos*, por John Cheever. Se reproduce aquí por gentileza de Emecé Editores.

Viernes 3 de enero de 1997



John Cheever, 1974. Epoca negra en que el escritor enseñaba en la universidad de Boston, vivía solo, no dejaba botella sin vaciar, escribía poco y nada y hasta llegó a ser detenido por intentar treparse a la estatua de Domingo Faustino Sarmiento.

"Ahora es tarde. Bebo mi vaso de leche y tomo una píldora somnífera. Sueño que veo a una bonita mujer arrodillada en un trigal. Tiene abundantes cabellos castaños claros y la falda de su vestido es amplia.



indescifrable colisión de contingencias que pueden provocar la exaltación o la desesperación. Lo que deseaba hacer era conferir, en un mundo tan incoherente, su legitimidad a mis sueños. Nada de todo eso me agrió el humor y bailé, bebí y conté cuentos en el bar hasta cerca de la una, cuando volvimos a casa. Encendí el televisor y encontré un anuncio comercial que, como tantas otras cosas que había visto ese día, me pareció terriblemente divertido. Una joven con acento de internado preguntaba: –¿Usted ofende con olor de abrigo de piel húmedo? Una capa de marta de cincuenta mil dólares sorprendida por la lluvia puede oler peor que un viejo sabueso que estuvo persiguiendo a un zorro a través de un pantano. Nada huele peor que el visón húmedo. Incluso una leve bruma consigue que el cordero, el zorrino, la civeta, la marta y otras pieles menos caras pero útiles parezcan tan malolientes como una leonera ventilada en un zoológico. Defiéndase de la vergüenza y el sentimiento de ansiedad mediante breves aplicaciones de Elixircol antes de usar sus pieles... Esa mujer pertenecía al mundo del sueño, y así se lo dije antes de apagarla. Me dormí a la luz de la luna y soñé con una isla. Yo estaba con otros hombres, y parecía que había llegado allí en una embarcación de vela. Recuerdo que tenía la piel bronceada y cuando me toqué el mentón sentí que tenía una barba de tres o cuatro días. La isla estaba en el Pacífico. En el aire flotaba un olor de aceite comestible rancio –un indicio de la proximidad de la costa china–. Desembarcamos en mitad de la tarde y me pareció que no teníamos mucho que hacer. Recorrimos las calles. El lugar había sido ocupado por el ejército, o había servido como puesto militar, porque muchos de los signos de las ventanas estaban escritos en inglés defectuoso. "Cortes de cabello" leí en un cartel de una peluquería oriental. Muchas tiendas exhibían imitaciones de whisky norteamericano. Whisky estaba escrito "Whikky". Como no teníamos nada mejor que hacer, fuimos a un museo local. Vimos arcos, anzuelos primitivos, máscaras y tambores. Del museo pasamos a un restaurante y pedimos una comida. Tuve que debatirme con el idioma local, pero lo que me sorprendió fue que parecía tratarse de una lucha informada. Tuve la sensación de que había estudiado el idioma antes de desembarcar. Recordé claramente que armé una oración cuando el camarero se acercó a la mesa. *-Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego* –dije. El camarero sonrió y me elogió, y cuando desperté del sueño, el uso del lenguaje determinó que la isla al sol, su población y su museo fuesen reales, vívidos y duraderos. Recordé con añoranza a los nativos serenos y cordiales, y el cómodo ritmo de su vida.

El domingo pasó veloz y agradable en una ronda de reuniones para beber cocteles, pero esa noche tuve otro sueño. Soñé que estaba de pie frente a la ventana del dormitorio del cottage de Nantucker que alquilamos a veces. Yo miraba en dirección al sur, siguiendo la delicada curva de la playa. He visto playas más hermosas, más blancas y espléndidas, pero cuando miro el amarillo de la arena y el arco de la curva, siempre tengo la sensación de que si miro bastante tiempo la caleta me revelará algo. El cielo estaba nublado. El agua era gris. Era domingo... aunque no podía decir cómo lo sabía. Era tarde, y de la posada me llegaron los sonidos tan gratos de los platos, y seguramente las familias estaban tomando su cena de la noche del domingo en el viejo comedor de tablas machimbradas. Entonces vi bajar por la playa una figura solitaria. Parecía un sacerdote o un obispo. Llevaba el báculo pastoral, y tenía puestas la mitra, la capa pluvial, la sotana, la casulla y el alba para la gran misa votiva. Tenía las vestiduras profusamente recamadas de oro, y de tanto en tanto el viento del mar las agitaba. La cara estaba bien afeitada. No pude distinguir sus rasgos a la luz cada vez más escasa. Me vio en la ventana, alzó una mano y dijo: *-Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*. Después, continuó caminando de prisa sobre la arena, utilizando el báculo como bastón, el paso estorbado por sus voluminosas vestiduras. Dejó atrás mi ventana y desapareció donde la curva del farallón concluye con la curva de la costa.

Trabajé el lunes, y el martes por la mañana, a eso de las cuatro desperté de un sueño en el cual había estado jugando a la pelota. Yo era miembro del equipo ganador. Los tantos eran seis a dieciocho. Era un encuentro improvisado del domingo por la tarde en el jardín de alguien. Nuestras esposas y nuestras hijas miraban desde el borde del pasto, donde había sillas y mesas y bebidas. El incidente decisivo fue una larga corrida, y cuando se marcó el tanto una rubia alta llamada Helene Farmer se puso de pie y organizó a las mujeres en un coro que vivó: –Ra, ra, ra –gritaron–. *Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.* Ra, ra, ra.

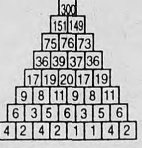
Nada de todo esto me pareció desconcertante. En cierto sentido, era algo que había deseado. ¿Acaso el anhelo de descubrir no es la fuerza indomeñable del hombre? La repetición de esta frase me excitaba tanto como un descubrimiento. El hecho de que yo hubiese sido miembro del equipo ganador determinaba que se sintiera feliz y bajé alegremente a desayunar, pero nuestra cocina lamentablemente es parte del país de los sueños. Con sus paredes rosadas lavables, sus frías luces, el televisor empotrado (donde se rezaban las oraciones) y las plantas artificiales en sus macetas, me indujo a recordar con nostalgia mi sueño, y cuando mi esposa me pasó un punzón y la Tableta Mágica en la cual escribimos la orden de desayuno, yo escribí: *Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.* Ella rió y me preguntó qué quería decir. Cuando repetí la frase -en efecto, parecía que era lo único que yo deseaba decir– ella se echó a llorar, y por la tristeza que expresaba en sus lágrimas comprendí que era mejor que yo descansara un poco. El doctor Howland vino a darme un sedante, y esa tarde viajé en avión a Florida.

Ahora es tarde. Bebo mi vaso de leche y tomo una píldora somnífera. Sueño que veo a una bonita mujer arrodillada en un trigal. Tiene abundantes cabellos castaños claros y la falda de su vestido es amplia. Su atuendo parece anticuado –quizá anterior a mi época– y me asombra conocer a una extraña vestida con prendas que podía haber usado mi abuela, y también que me inspire sentimientos tan tiernos. Y sin embargo, parece real... más real que el Camino Tamiani, seis kilómetros hacia el este, con sus puestos de Smorgorama y Giganticburger, más real que las calles laterales de Sarasota. No le pregunto quién es. Sé lo que dirá. Pero entonces ella sonríe y empieza a hablar antes de que yo pueda alejarme. *-Porpozec ciebie...* –empieza a decir. Entonces, me despierto desesperado, o me despierta el sonido de la lluvia sobre las palmeras. Pienso en un campesino que al oír el ruido de la lluvia, estirará sus huesos derrengados y sonreirá, pensando que la lluvia empapa su lechuga y su repollo, su heno y su avena, su pastinaca y su maíz. Pienso en un plomero que, despertado por la lluvia, sonríe ante una visión del mundo en el cual todos los desagües están milagrosamente limpios y expeditos. Desagües en ángulo recto, desagües curvos, desagües torcidos por las raíces y herrumbrosos, todos gorgotean y descargan sus aguas en el mar. Pienso que la lluvia despertará a una vieja dama, que se preguntará si dejó en el jardín su ejemplar de *Dombey and Son*. ¿Su chal? ¿Cubrió las sillas? Y sé que el sonido de la lluvia despertará a algunos amantes, y que su sonido parecerá parte de esa fuerza que los arrojó a uno en brazo del otro. Después, me siento en la cama y exclamo en voz alta, para mí mismo: -¡Calor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Bondad! ¡Sabiduría! ¡Belleza! –Se diría que las palabras tienen los colores de la tierra, y mientras las recito siento que mi esperanza crece, hasta que al fin me siento satisfecho y en paz con la noche. ■

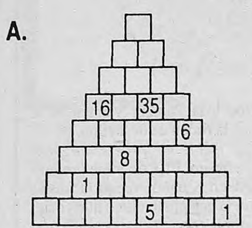
Noticias biográficas por C. E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Cuentos y Relatos*, por John Cheever. Se reproduce aquí por gentileza de Emecé Editores.

PIRAMIDES NUMERICAS

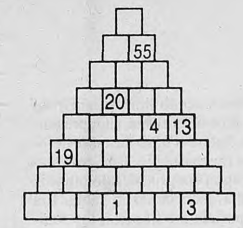
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



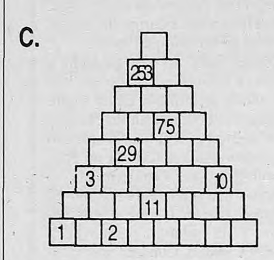
A.



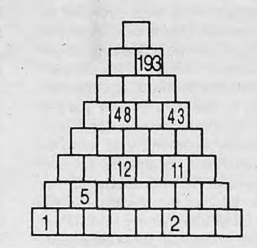
B.

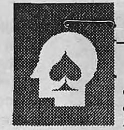


C.



D.





NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

	B	R
	4	0
1 0 7 3	3	0
6 5 2 1	0	1
7 4 5 0	0	1
2 3 0 8	0	1

B

	B	R
	4	0
6 3 5 4	1	0
3 4 2 0	1	0
9 7 1 2	1	0
1 0 9 6	0	1

C

	B	R
	4	0
3 5 8 2	2	1
2 5 3 0	2	1
6 2 0 7	0	1
7 4 1 3	0	1

D

	B	R
	4	0
4 8 7 3	1	2
2 1 3 8	1	2
9 8 5 0	0	1
2 6 7 8	0	1



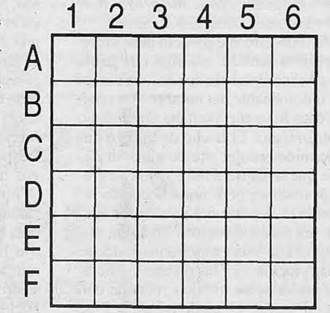
CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales y verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES
- Hay un cuadrito negro rodeado por cuadritos blancos.
- Con las letras de las esquinas se puede formar la palabra **ROSA**.
- Son diez palabras de seis letras, una de cuatro, una de tres y una de dos.

PISTAS HORIZONTALES

A. Palabra esdrújula, agradable para quienes trabajan.
B. Un verbo en infinitivo, con una **G** y ninguna **O**.
C. Aquí está el cuadrito negro y un anagrama de **NATO**.
D. Un verbo en imperativo, sin repetición de letras.
E. Aquí hay dos **O** y una **A**.
F. Aquí hay una **D**, una **R** y una **S**, no en ese orden.

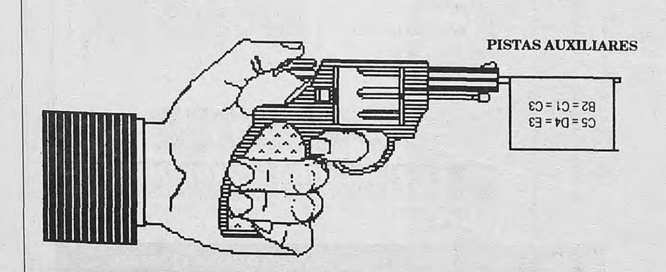


PISTAS VERTICALES

1. Es un verbo conjugado con dos **A** como únicas vocales.
2. Aquí hay dos palabras; una es un prefijo.
3. Palabrita femenina sin la **O** y sin repeticiones.
4. Un verbo en imperativo, sin la **R** ni la **S**.
5. Aquí se repite la **D**.
6. En esta elocuente palabra hay dos **O** y dos **R**.

A	A	A	A	A	A	A	A	A
B	D	D	D	D	E	G	G	I
N	N	N	O	O	O	O	O	R
R	R	R	S	S	T	T	T	■

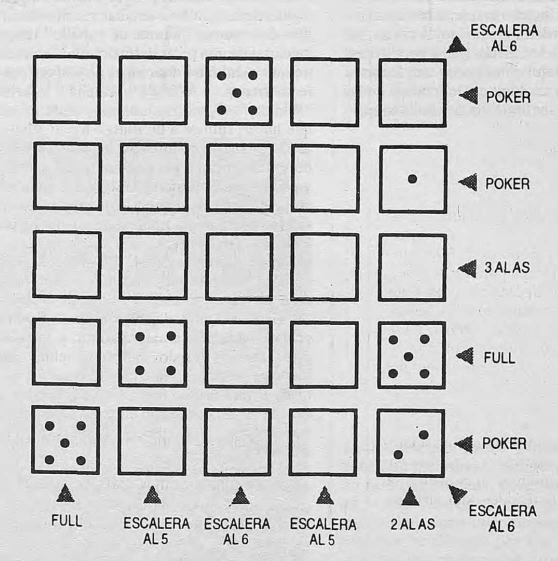
PISTAS AUXILIARES





CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



La s soluciones aparecerán en la edición de mañana